

BREVE PRESENTACIÓN A MODO DE PRÓLOGO

Este libro tiene una larga historia...

Su génesis se inició en el año 2000 y se remonta al tiempo en que me desempeñe, por más de seis años, como Jefe de la entonces División de Cultura del Ministerio de Educación y se debe a la porfiada iniciativa de mi amigo, el filósofo Eduardo Carrasco, quién me “persiguió” con una decena de largas, muy largas, entrevistas, para hurgar en mi vida personal, y componer en definitiva algo parecido a lo que él ya había experimentado con su libro “Conversaciones con Matta”...

A él debo agradecer su paciencia y constancia durante las innumerables y maratónica sesiones de entrevistas, su capacidad para borrar en mí cualquier asomo de pudor o de reticencia y a abandonarme al recuerdo sin resistencia alguna. Su trabajo fue fundamental para ordenar cronológicamente esos trozos de vida, contados al correr de la conversación, para volver sobre algunos temas y completar el abanico de temas tratados. Comenzamos con mi vida en Italia, con un sinnúmero de anécdotas, contadas al correr de los recuerdos, tal como se agolpaban en mi mente, respondiendo a la solicitud del interlocutor-entrevistador y fuimos siguiendo cronológicamente mis andanzas en mi nueva patria, hasta llegar a la época de las entrevistas....

Eduardo me entregó entonces una primera (y única) transcripción de las reuniones sostenidas, que él consideraba lista y que aún conservo, con la intención de entregarlas cuanto antes a la imprenta, para alcanzar a que la edición del material convertido en libro pudiera salir a la luz antes de mi retiro del cargo de Jefe de División...

Sin embargo, no estuve de acuerdo; mi majadería y mi obsesivo afán de buscar siempre algo más cercano a la precisión del lenguaje, me llevó a iniciar una “revisión” a fondo de la transcripción, durara lo que durara, para trasladar el lenguaje hablado al lenguaje escrito. Ese trabajo, me absorbió mucho tiempo, con altos y bajos durante varios años y terminó, sin yo proponérmelo a priori, en una edición y re escritura total de los textos entregados.

También pesó el hecho de que en ese material descubrí, narrados de una manera muy anecdótica, hechos y reflexiones que habían que sido tratados con mayor precisión y propiedad en muchos escritos de mi autoría que yo había estado recopilando durante mucho tiempo, y que, si bien trataban temas relacionados con mi variada y extensa actividad artística y de gestor cultural, irremediablemente se referían con mayor sinceridad a mi más íntima hoja autobiográfica. Por otra parte, lo relativo al contexto social y político de la Italia de mi infancia y adolescencia, tema del primer bloque de entrevistas, ya había sido tratado con mucha propiedad y agudeza por mi hermano Vittorio en su autobiografía “Hijo de la Loba”, por lo cual consideré redundante el consignar “cronológicamente”, y siguiendo paso por paso, un relato biográfico ya conocido en el contexto de lo narrado por Vittorio.

Es por ello, que preferí abarcar ese período, escogiendo apenas algunas “pinceladas” de recuerdos, a modo de boceto que el lector podrá completar a su manera y según la resonancia que esa propuesta vaya provocando en él..

DE MI HISTORIA PERSONAL EN LA OTRA ORILLA:

Recuerdos de mi madre y de mi padre

Cuando se trata de recordar a mi madre y a mi padre y de lo que significó su presencia y su acción para nuestra familia, reconozco que lo único que se me viene a la mente es un manojo desordenado de jirones del pasado lejano, en otra tierra, mi primera patria, en momentos muy dramáticos de nuestra historia, en los que a golpes de valor, de creatividad, de ternura y de una gran dosis de humor, ellos supieron transformar la realidad y hacerla más humana y vivible para todos nosotros.

Por eso, sin más, aquí entrego parte de ellos, tal como me vienen a la mente, con la esperanza de que, de alguna manera, puedan entregarles una semblanza lo más cercana y real posible, de Giulio di Girolamo Antonuzzi, mi padre, maestro pintor, y de Elvira Carlini Brandi, mi madre, mezcla perfecta de la diosa etrusca de la familia y de la fertilidad, la Mater Matuta, con la Pachamama, la Madre Tierra creadora, de la mitología altiplánica de nuestra América.

RECUERDO UNO:

La cocina materna

Mi casa en Roma, siempre fue una casa-taller. El Taller de mi padre y la cocina de mi madre.

Mi madre era una gran cocinera y tengo la sensación de haber adquirido el sentido del olfato con el olor de la trementina, del aguarrás y del barniz al óleo, mezclados con el olor de la salsa de los tallarines de mi madre. Esa extraña mezcla era el olor especial de mi casa.

En el currículum de cocinera de mi progenitora, hay que distinguir dos momentos fundamentales: “antes de la guerra” y “durante la guerra”.

Durante la guerra, su imaginación rayó a alturas casi sublimes. Parecía una alquimista. Cualquier cosa comestible, se transformaba en algo apetitoso: un par de zanahorias, mezcladas con tres tomates, berenjenas, o cualquier comestible que se le acercaba a sus manos maestras. Eso sí, siempre muy bien presentado.

Para muestra un botón: “Afrecho, ese que sirve para engordar a las gallinas, al rescoldo, con una salsita de tomate encima, y un ají, arreglado en el plato, rodeado a lo mejor con una ramita de hiedra sacada de los maceteros de la terraza de nuestro departamento, (evidentemente no comestible y sólo para adorno)”, parecía un plato de restaurante cinco estrellas.

Ella nos decía siempre: “Recuerden que el ojo siempre quiere su parte”- O, “Uno, también come con los ojos”.

La post guerra y su larga permanencia en Chile, ya con más posibilidades de creación, otorgaron a sus maravillosos menajes la mezcla perfecta con los nuevos sabores americanos.

RECUERDO DOS:

El taller paterno

Habitábamos un amplio departamento que abarcaba todo el sexto piso

del edificio, el “interno” 11 de la “scala” M de Via Sabotino 31, del barrio Prati, en Roma. Además de las acostumbradas habitaciones y servicios, albergaba también el taller, “lo studio”, de mi padre, que estaba compuesto por tres ambientes; se ingresaba a ellos por una puerta, cerca de la entrada al departamento, que los separaba del resto de las habitaciones... Los tres se nombraban por el color de sus muebles:

El taller negro, “studio nero”, con muebles oscuros, de estilo renacentista; el taller gris, “studio grigio” con muebles modernos, diseñados por mi padre; y el más importante era simplemente el taller del fondo, “lo studio in fondo”, con un gran ventanal empavonado que daba a la terraza: el sancta sanctorum donde mi padre tenía su mesa de trabajo y su caballete: También se podía ingresar a esa ala del departamento por otra puerta que enfrentaba a la entrada principal, y que ostentaba un pequeño letrero, en el que se leía: “giulio di girolamo - studio”., así, todo en minúsculas, en letras recortadas de acero inoxidable, ¡muy moderno!... que los hijos lucíamos frente a nuestros compañeros de escuela.

Mi padre se parecía más a un médico que a un pintor... De delantal blanco, ¡sin una mancha!... el taller impecable, con una limpieza y un orden casi de quirófano.... Las paletas, los lápices, los pinceles, reglas, escuadras, todo en su lugar específico y preciso, el gran mueble radio fonógrafo y su colección de música clásica. No recuerdo haberlo visto alguna vez pintar sin música...

Las vituallas, el trueque y otras yerbas

Partíamos de madrugada a las afueras de Roma, al campo, en búsqueda de verduras, o de cualquier cosa para comer. Todos cargábamos una mochila, con ropa para cambiar por comida. La relación era, por ejemplo, un chaleco, por un kilo y medio de tomates o, al máximo, dos kilos.

“Si te gusta, bien, si no, no. “

Una vez a mi mamá le ofrecieron cambiarle comida por los zapatos que llevaba, porque el campesino andaba buscando unos parecidos para regalárselos a su esposa... “¿Y cómo me vuelvo yo sin zapatos?... “Ah, no sé”.... Y mi mamá volvió a la casa con unos bototos todos rotos, que le pasó el campesino, pero con algo de comida para la familia.

Fue en otra de esas salidas al campo, cuando pasé por una experiencia límite. Íbamos, mi hermano Vittorio, yo, mi mamá y mi tía Novelia, una hermana menor de ella, que estaba embarazada.

Caminábamos al borde del camino, con las mochilas ya llenas, dispuestos a volver a casa, cuando en sentido contrario pasa una columna de tanques alemanes, al lado nuestro. Era un ruido infernal. Íbamos agachados, casi corriendo, para alejarnos de los tanques lo más rápido que podíamos.

De repente, la columna comienza a desplazarse a más velocidad. Instintivamente, levanté la cabeza. Le grito a mi hermano: “¡mira para arriba!”. En el cielo se divisaban tres puntitos que se agrandaban rápidamente. Eran unos cazas “Spitfire” ingleses que estaban dando la vuelta para tirarse en picada, sobre la columna de tanques.

Fue la estampida: corrimos hacia los potreros para evitar el ataque de los aviones. Pero mi madre nos grita algo; vemos que mi tía, como histérica, está corriendo por el camino en el mismo sentido de los tanques alemanes. Entonces, no sé cómo, tiramos las mochilas y con mi hermano nos echamos a

correr hacia ella para sacarla de ahí. Logramos agarrarla, la tiramos en la zanja, y las balas nos pasaron por el lado. Tuvimos suerte, porque, después de un par de vueltas, los aviones se alejaron. Tal vez porque no llevaban bombas o iban escasos de municiones,

Los tanques ya habían doblado por un recodo del camino...Nosotros seguíamos echados en la zanja, sujetando a mi tía.

De pronto, --- “¡Las mochilas!...

Soltamos a la mujer y volvimos corriendo al camino... Allí estaban, sin ni un rasguño. Rellenas de ricas hortalizas muy comestibles. Nos miramos con mi madre y comenzamos a reír. Era una risa incontrolable. Mi tía, desde la zanja miraba y se reía con nosotros. “No sigan, si no me voy a hacer pis aquí mismo”

Terminó haciéndose, ahí mismo, acuclillada en la zanja

En el silencio del campo, nuestras carcajadas. Habíamos ganado nuestra propia guerra.

RECUERDO TRES

La epifanía

En toda guerra, a los civiles nos toca el triste rol de ser testigos obligados de la agonía de un modo de vida que ha sido muy nuestro y que se va muriendo poco a poco entre los estallidos de las bombas que se intercambian, de ida y vuelta, los enemigos de turno. Teniendo al hambre como compañera inseparable y acostumbrarse a ella como algo cotidiano con lo cual se amanece y se duerme, sin solución de continuidad.

Llegar a la conclusión de que esa sensación es la normal y que es mentira el cuento de que alguna vez alguien se sintió satisfecho y que pudo soñar otra cosa que no fuera una flotilla de platos repletos de comida volando por los aires, dejando tras de sí una estela de apetitosos perfumes. Esos, sin duda, fueron mis primeros avistamientos de lo que, algunos años después, conocería como platillos voladores.

Un día, sin embargo, se produjo una suerte de epifanía producida y representada por mi madre que me preparó definitivamente para emprender el camino del teatro, de esa ficción efímera que es más potente que la misma realidad. Permítanme tratar de relatarla así, como aún sigue viva en mi recuerdo, después de más de sesenta y cinco años.

Una tarde de invierno, después de la enésima alarma aérea que nos hacía subir y bajar como tromba las largas escaleras (vivíamos en un sexto piso, sin ascensor), estábamos tapando las ventanas con las acostumbradas frazadas antes de encender las pocas lámparas disponibles, para que la luz no filtrara al exterior y cumplir así la ordenanza antiaérea.

Nos esperaba una noche de aquellas en las que los ruidos del estómago vacío sonaban a trío en el dormitorio de los tres hermanos di Girólamo. Ya habíamos hurgado en todas las ollas de la cocina sin resultado alguno y nos aprestábamos a dar el eufemístico saludo de las “Buenas noches”, cuando mi madre nos detuvo con una simple y escueta orden: “Ayúdenme”.

Con gestos decididos se dirigió al mueble del comedor y comenzó a sacar mantel, servilletas, cubiertos, vajillas y copas, mientras organizaba a los tres muchachos en la preparación de la mesa. Recuerdo que nos llamó la atención que salieran de los cajones las mejores piezas, aquellas que, antes de la guerra, se usaban para las grandes festividades de la Navidad y del Año

Nuevo. Con una mirada de complicidad, mientras tanto, mi padre había desaparecido hacia su taller, al otro extremo del departamento.

Al rato mi padre ingresó al comedor con un block de dibujo y varios lápices. Ceremoniosamente, los entregó a mi madre. Ella fue depositando en cada plato una hoja y un lápiz y nos convidó a sentarnos. En aquel entonces se acostumbraba rezar antes de cada comida. Recuerdo, claramente, las sencillas palabras de aquella oración: “Señor, bendice los alimentos que vamos a comer y haz que a los niños pobres nunca les falte el pan, amen”. Pero, ¿de qué alimentos estábamos hablando en esa ocasión, si los platos vacíos apenas exhibían un papel y un lápiz, no muy comestibles ni apetitosos que digamos...?

Fue entonces cuando la voz de mi madre sonó alegre encima del desconcierto de los niños: “¡Dibujen lo que quieren comer!...”

Y allí se produjo el milagro... Azuzados por mi padre, gran maestro pintor, comenzamos a dar rienda suelta a la imaginación más desbordante y al hambre apenas contenida. Dibujábamos con apuro, con gula mal disimulada, pavos y cerdos, corderos y vacunos. Adobados en mil formas. Compusimos, entre risas, platos extraños con mezclas exóticas nunca vistas ni imaginadas antes, adornados con fantasía desbordante. Pronto, hicieron falta los lápices de color... Y las salsas y las carnes adquirieron peso, espesor, sabor, calidad táctil y gustativa. De inmediato, comenzó el mercadeo: “¡Cambio cordero por vacuno!”... “¡Dos porciones de tallarines con salsa boloñesa por pescado al horno!”... “¡Timbal de queso con carne por strudel de manzana!”... “¡Champaña francés por vino siciliano!”... Y vamos tomando agua y riendo y haciendo fiesta, mientras los papeles volaban por encima de la mesa, al ritmo de ese trueque gozoso...

Al rato, nos fuimos a acostar con los estómagos vacíos, pero felices... Ya no teníamos hambre... Ella había desaparecido, tragada en el torbellino de voces y risas que no le dejaron espacio para que siguiera doliendo...

RECUERDO CUATRO

Nuestro pan de cada día

Volví del panadero con cinco cupones menos en nuestras cédulas de racionamiento. Con cinco panes (se veían mínimos) en la escuálida bolsa de las compras. Mi madre nos reúne:

“Tu pan, el tuyo, el tuyo. Es para todo el día, Ustedes sabrán cómo y cuando se lo comen. No hay más... ¿Está claro?”..

Los tres hijos, se van, cada uno para su lado. Yo me encierro en el baño, pego un tímido mordisco al pan, saco del bolsillo de mi pantalón un chongo de lápiz, de esos antiguos, de dos colores, azul y rojo. Marco con esmero el borde del mordisco en el pan, con rojo. Después lo escondo, para que nadie de los míos me robe otro mordisco, sin que yo me de cuenta.

RECUERDO CINCO

El cine

Había que ingeniársela para conseguir plata para la comida. Juntábamos papel y cartón de cualquier parte. Cada uno tenía su derrotero, y su mercado. Sus picadas personales e intransferibles. Nunca se preguntó la procedencia del material, ni los datos de los compradores.... En la tarde, en una reunión familiar, se depositaba en la mesa del comedor, por turno, la recaudación de la

jornada. Un día cualquiera, se produce un breve conciliábulo, bajo cuerda, entre mi padre y mi madre. Sus caras se iluminan con una sonrisa... El padre se dirige a los hijos.

“¿Comemos o vamos al cine?” ... Los tres gritamos alegres:

“¡Al cine, al cine!”

RECUERDO SEIS

Un cumpleaños diferente

Corría el año 1941, estábamos en plena guerra..... Fue un 31 de octubre, el día de mi cumpleaños número 12.

En aquel tiempo, en mi familia, para esas ocasiones, teníamos un pequeño ritual, que consistía en que el cumpleaños se hacía el dormido hasta que el resto de la familia se acercara sigilosamente a su cama para despertarlo con el canto de “cumpleaños feliz” y entregarle los regalos. En esa ocasión, por mucho que esperara, no hubo cantos, solo una leve sacudida en mi hombro que me hizo abrir los ojos. Vi, frente a mí, a mi padre, a mi madre y a mis dos hermanos. Mi padre se me acerca y me muestra sus manos vacías...

“No hay plata para comprarte nada y la comida es la misma de la ración de guerra de todos los días. Pero, en estos casos, por lo menos se acostumbra entregar un deseo y aquí va, en nombre de todos nosotros...” Me tomó de los hombros y, mirándome derecho a los ojos, me dijo: “Te deseo que cuando te toque irte de este mundo, lo dejes un poco mejor de cómo lo encontraste...”

RECUERDO SIETE

La bofetada.

Año 1943, 13 de agosto: primer bombardeo de Roma.

El ruido de las explosiones se hacía cada vez más cercano. En el departamento, en la cima del edificio, la madre y su hijo menor, abrazados. De improviso, el ruido se hizo insoportable y una suerte de vendaval hizo añicos los vidrios del gran ventanal que daba a la terraza...

El hijo gritó, histérico, y estalló en sollozos, incontrolables. Gritos y sollozos, sin parar.

La mano de la madre cruzó, de lado a lado, la cara del hijo con una bofetada fenomenal. Yo dejo de llorar, vuelto de nuevo a la realidad. Después del estallido, los dos, abrazados, envueltos en un extraño silencio. La histeria transformada en ternura.

RECUERDO OCHO

Ya no vamos a Perú

Comienzos de 1947. Por enésima vez la señora se acerca a la secretaria del cónsul... “¿Nada nuevo, todavía?” “Lo siento, nada” ... “Hace casi un año que esperamos. Le entregué todos los papeles, los currículos, todo lo que nos pidieron: hasta la recomendación del embajador italiano en Lima, ¿Qué más quieren?”. La señora, va levantando el tono... La pobre secretaria le pide que se siente y le ofrece un café. Después de tanto tiempo ya se conocen. Han intercambiado datos familiares: años de casadas, número de hijos, preferencias de comidas, enfermedades recurrentes, hasta sueños cumplidos y por cumplir.

Toman su café en silencio. Afuera llueve. “Descanse un rato y espere

siquiera a que escampe un poco”.

De pronto, alguien empuja la mampara. Un señor sacude su paraguas hacia la calle, y se acerca a la secretaria:.. “Buenas tardes... ¿Ya me tiene todos los papeles?”... “Sí, señor... Costó un poco juntarlos todos, pero ya se los tengo... ¿Me espera un momento, por favor”.. “¡Por fin!” La secretaria se incorpora y desaparece hacia la oficina del cónsul. El señor se sienta al lado de la señora. Por supuesto - estamos en Roma y no en Santiago- se entabla de inmediato la conversación:

“Qué quiere que le diga, no lo conozco y ya le tengo envidia...” El señor la mira con extrañeza. La señora acusa la reacción del otro y se apresura a completar su pensamiento “No es por nada, pero ojalá estuviéramos en su lugar”... “¿Y por qué?”... El señor sigue sin entender... “Usted ya ha llegado al final, y nosotros aún estamos corriendo la carrera, y al parecer falta mucho para llegar a la meta”... “¿De qué meta está hablando?”... “Del permiso para entrar a Perú como inmigrantes...”

El señor no puede reprimir una carcajada... “¿Y por qué se ríe tanto?” Ahora es la señora la que mira con extrañeza... “Es que yo ya no me voy a Perú”... “¿Cómo es eso?”... “Mire, lo que pasa es que me cansé. Llevo yo también casi un año esperando, y aún no llega ninguna respuesta... Pero leí en un diario que Chile abrió la inmigración libre y es por eso que pedí de vuelta todos mis papeles y ahora mismo los llevo a la Embajada de Chile”

La señora se queda pensativa un momento, luego: “¿Qué significa inmigración libre?”... “Que si usted tiene antecedentes impecables y realiza una actividad interesante para las autoridades chilenas, después de una entrevista en la embajada y SIN NECESIDAD DE CONTRATO DE TRABAJO, si hay un buen informe, obtiene el permiso para ingresar al país como inmigrante. ¿No lo encuentra sensacional?”...

La secretaria vuelve con una gran carpeta y se la entrega al señor... “Hasta luego, señora..,Y...¡Suerte!”. Se va con la cara llena de risa. La señora se queda un buen rato en silencio. Después se acerca a la secretaria: “Linda, ¿Usted podría hacerme el favor de....? Se queda secreteando por un buen rato...La lluvia se ha ido y el sol de la tarde ilumina el cielo romano...”

La familia está reunida alrededor de la madre para conocer las últimas novedades... **“No nos vamos más a Perú. Ya entregué todos los papeles en la Embajada de Chile. ¡Sí, nos vamos a Chile!”**...

EN VIAJE HACIA LA OTRA ORILLA

...La voz del profesor Serra, tronaba mientras su ancha y alta humanidad circulaba, gesticulando entre los bancos de los alumnos...

“ARMA VIRUMQUE CANO, TROIAE QUI PRIMUS AB ORIS ITALIAM, FATO PROFUGUS, LAVINIAQUE VENIT LITORA.”. Y traducía de inmediato: “Canto a las armas y al hombre de Troya que, prófugo del destino, llegó primero a Italia y a las costas lavinias...” Mientras el maestro seguía en su deambular por el aula, el adolescente, con la cara tensa y los ojos fijos, absorbía asombrado esas palabras, sonoras y aún ininteligibles, con las que Virgilio comenzaba a narrar las vicisitudes del inmigrante Eneas.

Ya tenía en el cuerpo la historia de Ulises,, La Odisea lo había cautivado con el interminable regreso a la patria del héroe griego. Se había sumergido con fascinación en ese largo viaje en busca de la tierra de origen. Pero, sobre todo, lo atraía la relación entre el hombre y el mar, hecha de amor

y odio, de lucha y de entrega. Soñaba con los ojos abiertos con sentir, bajo sus pies, la madera del puente de un barco, siguiendo el vaivén de las olas... Poco importaba el puerto de destino, lo importante era navegar...

Ahora se le abría otro mundo... Poblado también por hombres que dejan tras de sí los horrores de una guerra y emprenden un largo camino hacia el reencuentro con lo mejor de su propia humanidad. Eneas, huyendo del incendio de Troya, cargando sobre sus espaldas a su viejo progenitor y llevando de la mano a su hijo Ascanio, tal como recordaba haberlo visto en las Estancias de Rafael, en el mural que representa el incendio del Borgo. Las palabras roncas y potentes del profesor le seguían llegando, lejanas...

“MULTA QUOQUE ET BELLO PASSUS, DUM CONDERET URBEM, INFERRETQUE DEOS LATIO, GENUS UNDE LATINUM, ALBANIQUE PATRES, ATQUE ALTAE MOENIA ROMA”... “Mucho sufrió él también en guerra, hasta que fundó una ciudad y trajo al Lazio los dioses, de los que tuvieron origen los Padres Albanos y los muros de la soberbia Roma.”.....

Todo eso volvía a la mente del joven viajero, mientras en el horizonte iba desapareciendo la Osa Mayor, para dar paso a un nuevo cielo con estrellas desconocidas. Miró hacia abajo, allí donde la proa hacía surgir la luminosidad del romper de las olas. Desde allí subió su mirada hacia adelante, siguiendo la línea imaginaria del surco por venir. El desgarró surgió de pronto. La euforia de la nueva aventura había escondido el dolor. Atrás muy atrás, más allá de la huella fugaz de la estela del pequeño barco, estaban su casa, su ciudad, su país, su breve pasado romano, sus amores de adolescente. Sintió en el cuerpo y en el alma como se iba convirtiendo en emigrante, es decir, hijo de un fracaso no buscado, uno de los tantos desarraigados que poblaban esa islita flotante...

La palabra “inmigrante” cobró un nuevo y súbito sentido. La historia de Eneas se le hizo más clara y cercana. Se identificaba con el hijo Ascanio, huyendo, aferrado a la mano de su padre y llevando, apretada contra el pecho una pequeña caja, en ese mural que le era tan familiar. ¿Qué tesoro contenía, qué estaba tratando de salvar del desastre?... Lo supo después. Su padre se lo contó un día con un dejo de aire de misterio. Allí estaban custodiadas unas pequeñas efigies de los dioses tutelares, esos que dan vida a cualquier espacio habitado, convirtiéndolo en hogar.

Pensó que, en el fondo, era lo mismo que significaban, para su pequeña familia, los cientos de libros de la biblioteca paterna, que ahora eran los compañeros de su navegar, encerrados en las numerosas cajas que poblaban la bodega del barco. Constituían la mayoría absoluta del peso del equipaje colectivo y ostentaban en la cubierta y en sus costados unos letreros muy llamativos, con la exótica dirección: SANTIAGO DE CHILE – VIA BUENOS AIRES.

El 22 de julio de 1948, la familia di Girolamo aterrizaba en Santiago de Chile.

.....

PARA CERRAR EL PRÓLOGO

Ha pasado más de medio siglo, exactamente sesenta y tres años, desde aquella noche a bordo del vapor PHILIPPA, un carguero “renovado”, para transformarlo en buque de pasajeros de clase única, con literas y rancho a la usanza militar. La travesía “de los Apeninos a los Andes”, que profetizó Edmundo De Amicis en su entrañable libro “Corazón”, se repitió, haciéndose

carne en nosotros...En mi padre Giulio, en mi madre Elvira; la “nonna” conocida y querida por algunos de ustedes y en sus tres hijos, Paolo, Vittorio y Claudio. En aquel lejano 1948 del otro siglo, atravesamos el gran charco, desde un continente a otro, con nuestros sueños y la esperanza a cuestas. De allí se han multiplicado: hijos, nietos y bisnietos, que alimentan con sus nuevas vidas esa misma ESPERANZA, así con mayúscula, que, porfiada ella, aún se niega a dejarnos.

Artistas, es decir inmigrantes no tradicionales, encontramos una nueva tierra latina, para replantar nuestras raíces y seguir sembrando. Familia, como la de Eneas, tratamos de ser fieles en el amor y el compromiso con el arte, y, sobre todo, con aquellos, hombres y mujeres que vienen acompañando desde el primer día nuestro paso por los caminos de Chile.

En 1955, mi hermano Paolo volvió definitivamente a Italia. Después de su partida, del clan originario, en Chile seguimos cuatro: Vittorio mi hermano, yo, y mis padres Giulio y Elvira, cuyas cenizas, al mejor estilo renacentista, descansan bajo el piso de la Catedral de Linares, al lado del hermoso mosaico del ábside, su mejor creación “colectiva”... A la distancia, creo que el cargamento mayor que me ha acompañado junto a las innumerables dudas y que nunca me ha dejado, es esa única e inquebrantable certeza de que mis sueños son iguales a los de muchos de los de aquí...Mujeres y hombres que, como yo, aún creen en los seres humanos, que siembran sin esperar angustiosamente la cosecha y que están dispuestos a luchar, para construir una cultura solidaria, justa y equitativa.